

Las primeras luces

martes, 31 de julio de 2007

Modificado el martes, 31 de julio de 2007

Música de Papagüevos

Por Santiago Gil

Estamos marcados inevitablemente por las primeras luces. El arrebol de los atardeceres de nuestra infancia nos enseñó a buscar siempre la belleza y armonía, la emoción de los trazos delicados o la fuerza desgarradora de un rojo intenso o casi negro de nubes y de noche.

LAS PRIMERAS LUCES

Música de Papagüevos

Santiago Gil

Estamos marcados inevitablemente por las primeras luces. El arrebol de los atardeceres de nuestra infancia nos enseñó a buscar siempre la belleza y armonía, la emoción de los trazos delicados o la fuerza desgarradora de un rojo intenso o casi negro de nubes y de noche. En medio de la calle y de los juegos, o en mitad de una finca de plataneras, uno miraba al cielo y veía una fiesta de colores a su alrededor. Y luego estaba el horizonte, con el mar más oscuro y decadente, de noche anticipada, cuando mirabas hacia La Atalaya o Llanos de Parra, o el más luminoso y vívido, final último de los días, cuando lo hacíamos hacia Sardina, Agaete o Tenerife. El mar lejano iba marcando las pautas a las tonalidades del cielo, y el Teide, siempre el Teide como referencia mágica y totémica de nuestra infancia, ponía la solemnidad y la grandilocuencia trasmutando su color o el brillo de las nieves que tantos sueños despertaban en cada uno de nosotros.

No creo que entonces describiéramos como lo estoy haciendo yo ahora una puesta de sol. Entraba dentro de la normalidad. La belleza era entonces parte del paisaje. Sólo al paso de los años, cuando uno recuerda esas luces y esa majestuosidad celeste encima de nuestras cabezas, se da cuenta de lo afortunados que fuimos y de cómo quedamos marcados para siempre por ese concepto de lo bello y de lo emocionante. Fueron miles de ocasos arrebolados y cargados de amarantos y de improvisadas tonalidades para las que no creo que contáramos con nombres descriptivos. Los colores de entonces se veían y desaparecían para siempre. Ni siquiera las fotos eran capaces de guardar aquellos idílicos momentos. Sí el recuerdo, sin que uno lo supiera entonces, el recuerdo, ese extraño que camina con nosotros y que guarda sólo lo que a él le viene en gana, fue conservando nítidos todos aquellos momentos memorables.

Y luego estaba el azul, la sensación de que uno vivía siempre protegido en el azul del cielo y del mar. Las horas de la tarde, por ejemplo, se me siguen presentando silenciosas, quedas, sólo con sonidos de pájaros e insectos, y siempre con ese azul radiante sobre nuestras cabezas. El azul y el sol luminoso contribuyendo a que el tiempo pareciera todavía eterno. Uno se recuerda solo entre esos colores y las calles o los barrancos de la infancia. Nos sentimos bien cuando el recuerdo nos devuelve ese calor tan cómplice y tan cercano. Y también cuando en cualquier momento memorable del presente nos sentimos igual de arropados bajo aquel sol de justicia que paradójicamente se vuelve evocador cuando ya no azota nuestra espalda o nuestra frente sudorosa. El sol, el azul, el arrebol de la tarde o la tibia hondura del alba nos acompañan calentando cada paso que vamos dando por el mundo. Nos basta el recuerdo de cualquiera de esos rayos o de esos cielos eternos para salvarnos de la mediocridad, de la estulticia o del miedo. Aquellas luces, nuestras primeras luces, siguen alumbrando cada uno de nuestros días. Si nos ven esbozando una media sonrisa en mitad de una tormenta en Londres o en París no es que estemos locos de remate. Sólo andamos recordando nuestro cielo y nuestro sol, aquella insondable belleza que llevamos en el brillo de nuestra mirada allá donde nos

conduzcan los pasos cada vez más erráticos de nuestra existencia. Uno es casi más de la luz que de la tierra que le vio nacer, de las primeras luces, de aquéllas que no se apagan ni cuando el mundo parece empeñado en echarnos encima todo su abismo de noche y de negrura. Cierra los ojos y recuerda cuando alzabas la vista a los once o doce años de un tarde de primavera en medio de la plaza. Quédate con esa luz. No la pierdas nunca. Ahí siempre estarás a salvo.

Mayo de 2007.

IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL